

---

## EL ACTO DE ESCRIBIR

---

*Anna Agustí Farré*  
*Novelista*

### **Resumen**

El artículo es una reflexión sobre el acto de escribir que los escritores llevan a cabo antes de dejar plasmada su obra en unas cuantas páginas en blanco, y una conclusión personal sobre dicho acto: creación individual, estilo, comunicación. El tema se desarrolla a partir de una pregunta hecha a diferentes autores de por qué escriben cada uno de ellos, para pasar a otra más genérica de por qué el ser humano escribe, cuando en realidad el hombre es ante todo un ser oral, y acaba con la diatriba de si es arte u oficio lo que realizan novelistas, poetas, dramaturgos. Lo importante, sin embargo, es el resultado final: la creación de la novela, del poema, de la obra teatral.

Palabras clave: escribir, palabra, oral, oficio, arte, estilo, creación, comunicación.

### **Abstract**

The article reflects on the act of writing that writers perform before leaving his work embodied in a few blank pages, and a personal conclusion about measurement: individual creation, style, and communication. This issue is developed from a question posed on why different authors write, to linger on a more generic question such as why mankind write when, in fact, human beings are orally predisposed. This article ends on the dilemma whether novelists, poets, or playwrights create art or a commodity. In the end, however, the final aim of this article is to analyse the creative process of novels, poetry or plays.

Keywords: writing, word, orality, job, art, style, creation, communication.

### **Artículo**

*¿Por qué escribe usted?* Esta pregunta se ha hecho hasta la saciedad a todos los escritores famosos que, a lo largo y a lo ancho de nuestro continente y de todos los continentes conocidos hasta el momento, han publicado su obra con más o

menos éxito. A pesar de haber sido las respuestas tan dispares –o similares- y tan variadas –o contradictorias-, tan simples y sencillas –o con más enjundia-, parece que no hemos dado aún con la definitiva, la genial. Por este motivo, probablemente, seguimos preguntando y esperando LA RESPUESTA. Y buscamos la que nos conduzca a la solución de la incógnita, y entonces, sólo entonces, podremos respirar tranquilos y salir de la incertidumbre en la que vivíamos sumergidos. ¿Es eso cierto? ¿Tanto preocupa la pregunta de la que se han llenado unas cuantas páginas sin que –quizás- nos gustara ninguna de las respuesta o fuera lo suficientemente sabia para convencernos? Basta, supongo, el tono irónico de lo dicho hasta ahora. Según mi parecer importa poco saber por qué escribe tal o cual escritor. Para mí es más importante el resultado de su obra.

En *El País Semanal* del 02-01-2011, Jesús Ruiz Mantilla hizo un reportaje titulado “¿Por qué escribo?”, pregunta que responden cincuenta escritores, hombres y mujeres, y he escogido algunos ejemplos: Umberto Eco respondió con un contundente: “Porque me gusta”, y Carlos Fuentes con otra pregunta: “¿Por qué respiro?”, y Enrique Vila-Matas:

Ah, ya veo, vuelve la vieja y pérfida pregunta. Pero también podrían ustedes preguntarme por qué acabo de hacer una lazada en mis zapatos [...], en algún tiempo remoto, un antepasado hizo la primera lazada. Nosotros no somos más que sus imitadores, un eslabón en la cadena ininterrumpida de la tradición. [...] De modo que a quién habría que preguntarle por qué escribo es a ese antepasado, preguntarle por qué quiso ir más allá del nudo.

Son tres meros ejemplos de lo que respondieron en su día dichos escritores que nos pueden aportar mucho o poco según la interpretación que hagamos cada uno de nosotros. Y en este breve abanico de opiniones no quiero dejar de lado el artículo de Joana Bonet en *La Vanguardia* del 20-01-2009, titulado “*Voyeurs*”, en el que la periodista escribe lo que Le Clézio, al recibir el premio Nobel, se preguntó en voz alta: “Entonces, ¿por qué escribir?”. Y se respondió: “El escritor ya no tiene la petulancia de creer que va a cambiar el mundo, que va a crear con sus novelas un modelo de vida mejor. El escritor desearía ser testigo; sin embargo, la mayoría de las veces es un simple *voyeur*.” Parece ser que Le Clézio nos quiere dar a entender que este *voyeur* mira y observa, y después nos transmite a través de la palabra escrita la recreación de unos personajes y unos hechos. El autor se convierte en un simple intermediario para que el receptor conozca, sepa, se emocione, sufra, aprenda, viva..., y todo, gracias a la mirada del escritor. Unamuno, por su lado, decía que poner las palabras por escrito en un libro es una “tragedia del alma”, ¿quería decirnos con eso que no deseaba quedarse para sí solo el dolor, ese sentimiento trágico de la vida, y que quería hacernos partícipe de él? Es posible. Todo es posible.

Sin embargo, lo importante para mí como lector no es saber por qué escribe un autor sino encontrar en una novela una historia que complazca mi espíritu, una historia con la que me identifique, con la que me sienta a gusto, un relato que me atrape de tal manera que me pasen las horas sin percatarme del acto que estoy llevando a cabo. Quiero sumergirme en la vida de los personajes y sentirme uno más

entre ellos como cuando una amiga o un pariente te hace partícipe de sus alegrías y sufrimientos, sus temores, deseos, ilusiones, fantasías, fracasos; nos habla de su pasado, de su presente o de su futuro. Con la diferencia de que el escritor ha sabido crear un lenguaje literario adecuado, un estilo con el que nos cautiva, una técnica narrativa atrayente; ha logrado hacer una descripción verosímil de los personajes, de las situaciones; aportar su punto de vista narrativo; introducirnos en un tiempo interno y externo..., es decir, ha conseguido hacer con el lenguaje, con la palabra escrita, y la ayuda de todos los elementos citados, literatura, arte.

En el campo de la poesía los parámetros pueden llegar a ser distintos. Solo apuntar que la palabra sigue siendo el *arma* con la que cuenta el poeta para su creación, y la belleza, la sensibilidad, las imágenes, el ritmo son los únicos instrumentos que acompañan la verdad de su poesía, su verdad a veces indemostrable. La rima y la métrica se dan por añadidura en algunos poetas. Siempre se ha dicho que un buen novelista es aquel que lee poemas.

Lo cierto es que hay otra pregunta más genérica que nos atañe a todos: *¿Por qué se escribe?* Es tan amplia la cuestión que podría referirse única y exclusivamente al acto de escribir en general, no al oficio y arte de escribir de novelistas, poetas, autores teatrales, guionistas... Es evidente que el niño, desde pequeño aprende a escribir con la ayuda de un maestro o de sus padres, y en unos pocos meses será capaz de plasmar en un papel su nombre y a partir de ahí se irá desarrollando en él la habilidad de la escritura y puede, que ya desde entonces, convierta esta destreza en una necesidad de expresarse por escrito, ayudado siempre por otra necesidad imperiosa de leer lo que los otros cuentan. Leer, leer, leer es el mejor camino para llevarnos a escribir. Fedor Dostoyevsky, prisionero en Siberia, pedía en una carta a su familia: “¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!” García Lorca, en el discurso que pronunció al inaugurar la biblioteca de su pueblo, Fuente Vaqueros, dijo –entre otras muchas cosas- estas palabras: “Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle, no pediría pan; sino que pediría medio pan y un libro”.

Aunque, si partimos de la premisa de que el hombre es un ser oral: *en el principio la palabra se hizo verbo*, y el pensamiento se expresó con vocablos más o menos inteligibles, con gestos, actitudes, comportamientos, ¿por qué, pues, nos preguntamos, el acto de escribir? Recuerdo haber leído en alguna parte que Ana M<sup>a</sup> Matute hablaba de la magia de los cuentos, que desde hacía miles de años llegaban por las montañas y dormían en las casas, y de la historia de la Niña de Nieve que su abuela le contaba. Hacía poco que se había enterado de que ese cuento era una antigua leyenda ucraniana y acababa diciendo algo así como... “pero, ¡qué diferente de labios de mi abuela a como la leí!”. Las historias narradas al lado del fuego, los cuentos que un padre deja ir junto al embozo de la cama del hijo para que este se duerma, los relatos familiares de otras épocas, transformados por el paso del tiempo en leyendas, siempre han sido y seguirán siendo un placer para el espíritu.

Bien es cierto que en las cavernas de la prehistoria se han encontrado dibujos, formas, símbolos escritos de sus primeros moradores que de esta manera querían comunicarse más allá de los sonidos que emitían. Por consiguiente, nos tenemos

que preguntar también el porqué de aquel lenguaje escrito. ¿Fue arte pictórico o literario? ¿No se considera hoy el cómic una forma de literatura gráfica que une iconos-imagen e iconos-palabra?

¿*Qué es escribir?* Pero volvamos al acto de escribir como oficio y arte, conceptos que parecen a simple vista antagónicos; sin embargo, nadie puede negar que sean a su vez complementarios, las dos caras de una misma moneda. Si leemos en el diccionario la definición de oficio (del latín *officium*), dice en sus primeras acepciones: Ocupación habitual o acostumbrada. // Cargo, función, ministerio, profesión.

De poco nos sirven estos simples conceptos para ilustrar lo que queremos explicar. Añadamos en este punto las manifestaciones de algunos escritores que se consideran a sí mismos, antes que nada, “unos trabajadores”. Las palabras de Francisco Candel son una constatación de ello en el libro de entrevista, *Los hechiceros de la palabra*, de la escritora Montserrat Roig, que inicia su conversación con el autor con esta pregunta:

—Candel, tú eres uno de los pocos escritores españoles auténticamente profesionales. ¿Cómo concibes, tú, el oficio de escribir?

—Cuando me hacen esa pregunta, aparte de no saber qué contestar, siempre digo lo mismo: ya de pequeño me inculcaron la idea de que, en esta vida, hay que tener oficio. Unos son mecánicos, otros pintores de brocha gorda o carpinteros. La idea de “oficio” ha degenerado por el automatismo de las fábricas. Pero yo soy un señor que tengo el oficio de escritor. [...]. Lo que más me gusta es ganarme la vida escribiendo. Yo no voy contra los escritores no profesionales, pero a mí me da la impresión de que si no como de lo que escribo, ya no soy tan escritor. (Montserrat Roig, 1975: 148,149)

La misma autora escribe de Josep Pla -quien dice de sí mismo que es “un profesional” y que “hay otros oficios más satisfactorios”- lo siguiente:

Escribir, para Pla, es una nimiedad tan complicada que llega a devastar. Despojada, el oficio de escribir, de toda vaciedad romántica, Pla ha demostrado que, a pesar de su aparente facilidad y espontaneidad, escribir es uno de los oficios más duros, menos agradecidos, más descorazonadores de todos los que existen. (Montserrat Roig, 1975: 183)

Y si por otro lado buscamos la definición de arte (del latín *ars, artis*), nos encontramos con lo siguiente: Virtud, disposición y habilidad para hacer alguna cosa //Acto por el cual el hombre, valiéndose de la materia, de la imagen o del sonido, imita o expresa lo material o lo inmaterial, y crea, copiando o fantaseando. // Conjunto de reglas para hacer bien una cosa, etc.

Meras definiciones de diccionario. Veamos lo que Jaume Cabré, en *El sentit de la ficció. Itinerari privat*, escribe acerca de qué manera hacer literatura y arte.

Creo que la plena comprensión de la vida y la existencia (si es posible), la serenidad absoluta (si existe), invalidan la posibilidad de hacer literatura. La persona serena simplemente (¡simplemente!) vive. El arte

es, entre otras cosas, la corroboración de la insatisfacción humana. Es la búsqueda libre de la felicidad. (J. Cabré, 1999:11)<sup>1</sup>

Jean-Paul Sartre ya en 1948 trataba dicha cuestión en su libro *¿Qué es la literatura?* Y afirmaba que toda obra literaria es “una llamada”. Puede ser la llamada misteriosa de la forma pura, de la forma que es contenido, de la belleza, o, incluso, puede ser la llamada de la literatura para ir contra la literatura, provocando el escándalo. Roland Barthes dijo en una ocasión que para el escritor escribir es “un verbo intransitivo”. Simone de Beauvoir consideraba que el milagro de la literatura era esa “otra” verdad que se convertía en la “mía” sin dejar de ser otra.

¿Nos sirven estos razonamientos y testimonios para comprender en qué consiste el acto de escribir? Con esta intención están expuestos en este artículo.

A título personal he de confesar lo que representa para mí el acto de escribir:

Es creación individual y solitaria: dar vida a una idea –un tema- a través de las palabras y su connotación, servirme de ellas para desarrollar un argumento.

Sentimiento personal, porque tu bagaje cultural y emocional se vacía en la historia, en el comportamiento de los personajes.

Originalidad, es decir, ser tú en aquello que cuentas, a pesar de estar siempre influenciado por ciertas lecturas, por esas novelas favoritas, casi libros de cabecera.

Estilo: ahí radica el punto diferenciador de cada uno de los escritores y que podríamos unir al término originalidad. Yo diría que todos los recursos estilísticos de tipo semántico, fónico, sintáctico, etc. que la lengua te ofrece van encaminados a reinventar un estilo propio, sin dejar de lado la creación de ambientes; la manera de presentar a los personajes; la voz del narrador; la morosidad o rapidez del discurso...

Y como conclusión: El acto de escribir se materializa cuando eres capaz de conseguir la simbiosis adecuada entre contenido y forma, e incluso ir más allá, relacionar el arte literario con las demás *bellas artes*, tema debatido desde el siglo XIX entre los estudiosos de la Estética y la Crítica literaria. Una vez llevado a cabo dicho acto, después de mucho hacer y deshacer -escribir y corregir-, pones el punto final a tu novela. Entonces, deja de ser algo tuyo, y descansas. Tu obra te abandona para formar parte de una recua de libros, apretados unos contra otros en las estanterías de una librería o de una biblioteca, en espera de que una mano lo coja, lo hojee, lo toque y se decida a escogerlo para llevárselo a casa. Cuando el lector abre el libro por la primera página y empieza su lectura no hace otra cosa que llevar a cabo un acto de soledad. La vida está llena de actos solitarios; la diferencia en este caso es que leer una novela, un cuento, un poema puede convertirse en un apasionante acto de comunicación entre un escritor y su lector. Solo en ese momento el acto de escribir se puede dar por terminado.

## Referencias bibliográficas

ROIG, Montserrat (1975). *Los hechiceros de la palabra*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

<sup>1</sup> Traducción propia (N. de la A.).

CASTELLET, José María (1970). *Nueve novísimos*. Barcelona: Barral Editores.

CABRÉ, Jaume (1999). *El sentit de la ficció. Itinerari privat*. Barcelona: Proa.

LODGE, David (2011). *El arte de la ficción*. Barcelona: Península.

WOOD, James (2009). *Los mecanismos de la ficción*. Madrid: Gredos-Colección: BCN.